

Las Grandes Figuras de las Letras: Homero



Penélope y Elenco

UNOS mil años antes de nuestra era, las costas del mar Egeo y las islas próximas al litoral aquel aparecían pobladas por griegos emigrados del continente helénico, a quienes habían empujado, desde el norte de la península, los montes heliosos que bajaban hacia tierras más repetidas, instalados los emigrantes en aquella región rica y amorosa, con un mar no difícil de navegar, abierto delante de ellos al comercio, pronto alcanzaron una gran prosperidad. Trece ciudades muy muellemente concurridas como Mileto, y Esmirna, con puertos de mucho tráfico y tierras bien regadas. Los grandes señores heliosos planearon magníficos castos, decorados con gran lujo de metales preciosos y de muy lindos y vistosos colores.

Pero no así, jamás habían dejado de sentir la afonía de su patria añorada. Italianos el más vivo placer en oír las narraciones que recordaban las hazañas de los héroes de otro tiempo, las poderosas memorias que Italianos fundados, sus gentes magníficas, por mares y tierras del extranjero, cuando los convidados se agrupaban en torno del cabero de familia, se levantaba una aña, es decir un cantor, con la lira en la mano, y acompañaba recitaba un canto armonioso, grave, sobre algún hecho de la antigüedad. Cantó era la que más reales y prestado daba a un feo.

Entre los cantores de la Grecia antigua, que iban errantes de palacio en palacio, bien acogidos siempre en todas partes hubo uno que relató la gloria de todos los otros. Este fue Homero.

Sus obras no sólo fueron las

más inspiradas, sino que tuvieron como aliento el tema preferido por aquel público, es decir la guerra de Troya.

En esta grandiosa epopeya todos los griegos europeos se habían unido contra la potencia de los daridanos, gente de una raza más, pariente, próxima de los griegos griegos y que tenía su ciudad en Troya o Ilion, un poco más abajo de la entrada de los Barmatones, en la orilla del Asia. El pretexto para la guerra lo dio Alejandro, o Paris, uno de los hijos de Priamo, rey de Troya, que rapó a Elena, la mujer más bella de Grecia, esposa de Menelao, rey de Esparta. Esto debió suceder, posiblemente, hace o trece siglos antes de Jesucristo.

Los dos poemas homéricos, es decir la Ilíada o poema de Ilion y la Odisea, o poema de Odisseo, nombre griego de Ulises, rey de Iliaco, muestran de la Grecia antigua a la Grecia europea, junto con otros cantos que llevaban en su repertorio los recitadores de oficio. A estos los llamaban rapsodas, que en griego quiere decir narradores de cantos. No llevaban lira como los aedos, sino que mientras estaban recitando empuñaban una varita, símbolo del derecho de ser escuchados. Cansaron tal maravilla los poemas de Homero que fueron recitados no sólo en los convites, sino, oficialmente en las grandes festividades religiosas. Su estudio llegó a constituir el primer fundamento de la educación literaria de un griego.

No es, pues, nada extraño que su autor fuese tenido por un dios y que sobre su persona se fuesen leyendas, hasta el punto de creer hoy no sólo en su existencia sino en la existencia de Homero.

que aun no llegó a creer que un

diós ni una, y que tanto la Ilíada como la Odisea son la sumación de diversos cantos, compuestos por diversos poetas, o el fruto de esas de los autores de los poemas.

En cualquier caso, todo lector de estas narraciones admirables verá siempre levantarse ante sus ojos la sombra del Homero legendario, y nada: tal vez en Esmirna, o por ventura en



Agamenon y Ulises

otra de las siete ciudades jonias que pertenecen la gloria de haber sido a luz, y la imaginaria, errante por los mares de Grecia, recordando viejas tralladuras, y más tarde ya ciego recitando sus poemas en la corte de algún príncipe rey.

La Ilíada tiene por asunto principal la ira de Aquiles, el joven que impetuoso príncipe de los milvados, hijo de Tetis, la diosa de la luna, y del mortal Peleo. Ofendido por Agamenon, caudillo de los griegos, rey de Argos, el hermano de Menelao, porque con-

tra todo derecho de guerra lo había enclavado en Troya con una valiente y ardiente que la habían insuperable. Y como el más valeroso de los griegos, Aquiles, ya no blandió su lanza terrible, los troyanos fueron hasta a peñar fuego a las naves de los aliadados. Los dioses que donde el comienzo de la guerra habían tomado partido quin: por estos guerreros, quin por aquellos, se llegaron a encender en sus pasiones con tales iras y odios que bajaron al mismo campo de batalla para pelear personalmente en uno y otro bando. Por fin, Aquiles, consistente en que su amigo Patroclo el fente sus armas personales, y se revistió con ellas para salir al encuentro de los troyanos. Pero Héctor, mata a este guerrero y el despoja de las armas de su amigo terrible. El dolor y la ira, impudientes entonces mucho más en el ánimo de Aquiles que toda la ofensa de Héctor, el apelo a Neptuno, el más poderoso de los dioses, para que se le concediera el castigo de su hermano. Para por encima de su juramento, no cede, a falta de las armas, otras nuevas forjadas por el mismo dios forjador Vulcano; brezo de "destructor de ciudades". Por su generoso y prudente en gran manera y Minerva, diosa de la sabiduría, lo protege y aconseja en toda ocasión. Venida Troya, anduvo errante diez años, antes de volver a su isla de Iliaco. Sus numerosas aventuras son el tema de la Odisea. Entre ellos, es famosa la del Cíclopes, gigante, hijo de Neptuno, a quien horada el único ojo con una gran estaca convertida en tróno encendido. Al volver, por fin, a su patria en un bajel de los feacios, cuya princesa Nausica había acogido, le esperaba nuevas desaventuras. Creyéndole muerto, una turba de nómades, jórnes, con pretexto de pretender la mano de su esposa Penélope, espío a su mujer fiel y discreta, iban cada día a su casa y le consumían los recursos y el vino, en un continente festivo. Le íncimaba conspirar contra el feaciano, el heredero legítimo.

Ulises disfrazado de viejo mendigo, al introducirse en casa, cuando Penélope, siempre con la esperanza de volver a verlo, dice a sus pretendientes que no casará con aquel que logre tender el arco de su marido. Esto, como por juego, lo coge con sus robustas manos y va matando uno por uno a todos los mancebos derrochadores.



Nestor y Menelao

flecha que París, el muelle rapador de Elena, le clava en el talón del pie.

A los diez años de comenzado el asedio cayó Troya en poder de los griegos, gracias a las astucias de Ulises. Esto hizo creer a los aliados que las huertas se retiraban y consiguió introducir en la ciudad, como pretendiente de Héctor, el apelo a Neptuno, el más poderoso de los dioses, para que se le concediera el castigo de su hermano. Para por encima de su juramento, no cede, a falta de las armas, otras nuevas forjadas por el mismo dios forjador Vulcano; brezo de "destructor de ciudades". Por su generoso y prudente en gran manera y Minerva, diosa de la sabiduría, lo protege y aconseja en toda ocasión. Venida Troya, anduvo errante diez años, antes de volver a su isla de Iliaco. Sus numerosas aventuras son el tema de la Odisea. Entre ellos, es famosa la del Cíclopes, gigante, hijo de Neptuno, a quien horada el único ojo con una gran estaca convertida en tróno encendido. Al volver, por fin, a su patria en un bajel de los feacios, cuya princesa Nausica había acogido, le esperaba nuevas desaventuras. Creyéndole muerto, una turba de nómades, jórnes, con pretexto de pretender la mano de su esposa Penélope, espío a su mujer fiel y discreta, iban cada día a su casa y le consumían los recursos y el vino, en un continente festivo. Le íncimaba conspirar contra el feaciano, el heredero legítimo.

Ulises disfrazado de viejo mendigo, al introducirse en casa, cuando Penélope, siempre con la esperanza de volver a verlo, dice a sus pretendientes que no casará con aquel que logre tender el arco de su marido. Esto, como por juego, lo coge con sus robustas manos y va matando uno por uno a todos los mancebos derrochadores.



Aquiles y Héctor

EL DUCHOY-B', - MODELO DE ESTACION - PIDA UNA DEMOSTRACION Y QUEDARA

FRIJO

Briada y París

BELLA DURMIENTE

DE SILVA

proceda y guntó como si no
saben cómo los afect. Respira-
va suavemente, y oírlo al
apirarse también, a su lado, en
musa de noche, el aparato de
ojeriza lanzaba un queto tí-
do. Sin poderse contener, el
príncipe cayó de rodillas al lado
la princesa dormida y le dio
bzo en la mano.

Abrió ella los ojos. Había pa-
do un siglo. Del rojel que li-
bra la cuenta, brotó en el mis-
mo instante una musiquilla de
danza, lúbrica, aurorea de bri-
y talidos de campana, de tri-

dejaño y miste-
ocupa el autor,
nuestros días.
Cambia el es-
matistas visten a
la realidad de
a. Véamos, pues,
a princesita del
que ocurre a dia-

"Dormiens volubus", le contestó
un monarquillo al despertar: "Et
cum spiritu tuo."

No le extraño a la princesa en
contrar a su lado, cuando se des-

piño sobre el trono, se sentó
fuerte, y llevó a su mujer a la
capital. Tenían ya dos hijos, en
los que refulsaban la hermosura
de la madre y la gallardía del

príncipe. — Tenía éste tres
años, y al servir, después de
la primera experiencia, no le fué
difícil hacer otra cambio que
tampoco advertir la burla.

Pero cuando le mandó matar a
la reina, para comérsela también,
el apuro fué grande. La reina te-
nía ya veinte años — sin contar
los ciento que pasó dormida —
y la sustitución no era fácil. De-
cididos, pues, el coñicero a ma-
tarla, y catala tan triste dudo
que la arrebataron sus hijos, que
recibió la noticia de su muerte
con algarra.

— ¡Mámana, y así me reuniré
con los hijos de mi corazón.

No pudo más el coñicero, y
pensando que ya hallaría medio
para arreglarlo, exclamó:

— Con vuestros hijos estáis, adora
reina; pero no muriendo,
sino encerrándolos vivos y sa-
nos.

Y echándose a sus pies contó
lo ocurrido, impidiendo perdón.
La bruja se comió una corza
en lugar de su nuca, y fue a
ciudad, no dispuso a escribir al
rey defendiéndolo a su esposa y
sus hijos los habían devorado
unos lobos. Pero al pasar por las
mias lúbricas del castillo oyó voces
conocidas.

Paróse a escuchar, y pronto
cché de ver que eran la reina y
sus hijos: ella venía al principio,
que catala siendo mala, y lo
acompañaba con una asonina; la
princesita Aurora entraba por
su hermano.

Montando en cólera al ver
capturada, mandó llevar al salva-
del trono una gran cuña con pesa
hirviendo, y llenarla de vibora-
capios; y subirla de toda sepe-
cie, para echar después dentro a
la reina y sus hijos, al coñicero
mayor, y a los que hubieran sido
sus cómplices.

Ya iban a ejecutar la senten-
cia a la vista de toda la corte,
cuando se presentó el rey. A
quien nadie esperaba. Volvió vi-
torioso, y para dar una sorpresa
a los suyos, no había querido
avisar.

Pero la sorpresa fué suya, y
también de la corte, cuando vio

perió, a tan gallardo mancheco.
Mayor difrante que se volvió a
quedar encantado, pero ya de
muy distinta manera. Mucha ha-
blaron los dos, y resultado de lo
que hablaron fué un aviso al al-
to ciero papagino mandando dis-
poner el accesorio para la boda.
Celebrada ésta a mediodía, con
toda solemnidad, y le siguió un
triste capelidón y un baile.

Cuando el baile hubo termina-
do, todos se fueron a dormir. Y
cuando las crónicas que todos
durmieron. Hasta se comienza el
detalle de que el mayordomo
mayor, autorizó, respetable, en-
trato en años y metido en car-
nes, se enfadó al día siguiente
porque le hicieron faltar a la
sua once. No había tenido tiem-
po para descansar.

III

Volvió el príncipe al palacio
del rey su padre, y cada día de
su enamiento por temor a su
maestrante, brujal, de la peor ca-
pacidad, según se decía, por lo he-
ro, en todo el reino. Y no decía
también que era ojeroso y panta-
ha de consera a los niños cur-
tos. Tonia enteramente domina-
do al rey, que no veía más que
por los ojos de ella. Frontó oco-
lo, pero las frecuentes avaras-
cias del príncipe encerraban al
misterio, pero el nunca lle-
gó a revelar nada.

Cuando el rey murió y el prin-

padre, Aurora llamábase la niña
y Dña el niño. En la capital se
les hizo un recibiente entusiasta;
todo el pueblo se engalana, sin
líderes orgulloso de la reina y
de tales príncipes.

Decidido a poco el rey la que-
rre a un monarca vecino, y dejó
en el palacio a su esposa. La ma-
estrante la regaló con sus hijos
a una casa de campo y se ap-
paró de la regencia. Pronto se
vió que meditaba alguna feber-
cia. En efecto, una noche, ha-
mando al coñicero mayor, le di-
jo: — Mámana, para almornar,
quiero comérsela a la princesa
Aurora. — Intentó el buen hom-
bré hacer alguna observación,
pero la malvada vieja no le de-
jó continuar. — ¡AY de ti, si no
llega lo que te mandó!

Dirigido el coñicero a la cas-
ta, y buscó a la princesa Auro-
ra, iba a cumplir cuatro cosas, y
al ver al bondadoso servidor, que
siempre lo daba gozoso, comen-
có los brazos al cuello. Pá-
quetrole a él las fuercas, y lle-
vándose a la niña, le condujo en
su propia casa. Mató en su lugar
una oveja, y tan bien la prepara-
do, con sales y especias, que la
ogresa no advirtió el cambio y
comió muy satisfecha de su ma-
ligna comida.

Una día después volvió a ha-
cer al coñicero. — Mámana, pa-
ra almornar, quiero comérsela

que al verle entrar y al com-
prender que todas se pondrían de
su parte, vió peridida la partida y
no echó otra mienta en cabeza en
la caba.

Así acabó aquella poverosa
muñer. Hay quien dice que no
era sino el ludo que condón a
muerte a la princesa; rabiosa
por verla despertar del sueño do-
cien años en que su compaña
cambió la sentencia, hizo cuanto
pudo por deshacerse de la her-
mosa criatura, a quien todavía
los tristes de historia atestiguan
do su país llaman la Bella Dur-
miente.

Ya podían, pues, ser felices.
Y, para asegurar su dicha y la
tranquilidad de sus descen-
dientes, convocó el rey a todas
las hadas y las dispuso para
siempre de toda clase de regalos.
Dio a cada una un castillo en la
provincia más lejana de su cor-
te, en la región de las Montañas
Azules, y no tuvo con ellas más
trato que el de una cortesa ex-
quisita. Así renunció a los dones
de ellas y no entro más felicidad
que la de ver entre los suyos
y la de sus buenas acciones.

Si recordo fué para el país
una bendición. Inso, como siem-
pre, ricos y pobres, pero todos
trabajaron a una, por la grande-
za del reino, sin guerras, moti-
nes, huelgas ni calamidades pú-
blicas.

Toto, ya lo sabía, ocurrió en
días muy lejanos.



En la ilustración se ve a una mujer con un vestido largo y un sombrero, posiblemente una hada o una reina, en un paisaje.

